

## Lectura del primer capítulo: LA PROFECÍA 2013

La llegada de aquel sobre ámbar había quebrado una calma que era sólo aparente.

Había consumido el domingo por la tarde mirando con inquietud cómo el sol se desmoronaba detrás de las montañas. Aunque llevaba cuatro meses viviendo en aquella casa, todavía me hipnotizaba el espectáculo de los picos de Montserrat revestidos de luz dorada. Pronto caería la noche y empezarían a brillar las primeras estrellas.

Sin embargo, yo no experimentaba el menor sentimiento de plenitud. Como si el paisaje crepuscular fuera el cierre de una etapa en la que había conocido cierta felicidad, de repente sentía que mi mundo estaba a punto de derrumbarse.

Mientras cerraba los ventanales del balcón —entrado junio, aún refrescaba—, me dije que aquel mal presentimiento debía ser simple aprensión de padre: Aina había salido en coche con Ingrid protestando de buena mañana y no habían regresado aún.

Pero cuando, de vuelta al salón, advertí el sobre junto a la puerta supe que se avecinaban otro tipo de problemas. Desde mis investigaciones sobre el Cuarto Reino, nadie me había vuelto a contactar con métodos inusuales. Que alguien se hubiera tomado la molestia de acercarse a mi casa un domingo por la tarde y, sin llamar a la puerta, deslizar el sobre por debajo, era como mínimo desconcertante. Mi nombre escrito en paciente letra de imprenta no hacía más que confirmar esa impresión.

Tomé el sobre grande y amarillento entre los dedos con más temor que curiosidad y lo hice rotar 180° para ver el remitente:

ALFRED DESMESTRE, ANTICUARIO  
C/DE LA FORÇA 2, GIRONA

Intrigado, lo abrí procurando no rasgarlo por si contenía alguna documentación de valor, aunque en ese caso no tenía sentido que yo fuera el destinatario.

Sólo había un pliego de fotocopias grapadas. Eran artículos y reportajes aparecidos en periódicos

locales con un mismo denominador común: el robo de antigüedades en las comarcas de Gerona. Después de la noticia sobre una banda que se dedicaba a desvalijar capillas románicas, leí con desinterés el siguiente breve:

#### "LADRONES QUE SE QUEDAN A VIVIR

Santa Coloma de Farners. La policía autonómica detuvo el pasado martes cuatro hombres de nacionalidad italiana que, tras robar el mobiliario de una masía del siglo XVI conocida como Les Santes Creus, durmieron en una de sus dependencias al suponerla abandonada.

Alertados por el propietario de un restaurante de montaña que había detectado el vehículo —una furgoneta blanca—, la familia propietaria denunció la ocupación de la finca.

Tras la detención, la policía encontró en el interior de la furgoneta diversos muebles de valor pertenecientes a la masía."

Mientras hojeaba el resto de noticias entre bostezos, me pregunté por qué un anticuario me mandaba aquel dossier. ¿Qué interés podía tener para un americano desnaturalizado como yo aquella documentación?

La respuesta estaba al final del pliego, donde para mi sorpresa encontré un artículo publicado por mí, tres años antes, en un periódico de Santa Monica. Estaba impreso en su versión para Internet.

Casi lo había olvidado: el reportaje de tres páginas hablaba de las actividades de una banda, entonces recién desarticulada, que se dedicaba a robar reliquias y obras de arte europeas para millonarios de la Costa Oeste. La organización actuaba prácticamente a la carta: sus clientes pedían qué pieza concreta deseaban para su mansión y la banda dirigía a sus miembros en Europa al lugar deseado, se tratara de edificios institucionales, museos o casas privadas.

La relectura de aquel trabajo que me había procurado algunas amenazas -los «clientes» jamás reconocieron que habían adquirido los objetos robados por encargo-, me devolvió el recuerdo amargo de unos tiempos en los que yo era un periodista arruinado a punto de divorciarme de la madre de Ingrid.

Mi cuenta corriente seguía rozando el cero absoluto, sobre todo porque no había dejado de pagar la hipoteca de la casa en Santa Monica, que algún día sería de mi hija; sin embargo, desde que

había conocido a Aina en Barcelona, disfrutaba de una paz que había convertido el dinero en un problema menor. Y esa paz estaba a punto de desintegrarse sin yo imaginarlo.

Una sorpresa al final del pliego me devolvió a Europa y al misterioso anticuario. Unido lateralmente con un clip, encontré un billete de 200 euros junto a una pequeña nota manuscrita:

"Le espero mañana lunes en la dirección del remite.

Este billete es para cubrir los gastos de desplazamiento y compensarle por su tiempo."

Despegué el billete amarillo y lo miré con desconfiado estupor. El anticuario no había dejado su número de teléfono ni una dirección de correo electrónico para poder darle mi confirmación. Tal vez suponía que 200 euros eran suficiente acicate para un periodista que se ofrecía en los anuncios clasificados para hacer traducciones.

En cualquier caso, si se trataba de una consulta sobre arte robado —aunque yo no era ningún especialista—, bastaría con salir temprano al día siguiente para estar de vuelta al mediodía.

Al doblar el billete y meterlo en mi cartera tuve la impresión de que firmaba tácitamente un contrato con Alfred Desmestre para un asunto que desconocía. De haber sabido el lío en el que estaba a punto de meterme, hubiera devuelto inmediatamente el billete al sobre, junto con toda la documentación, y se lo habría mandado por mensajero a su remitente.

El chillido de un frenazo me dijo que mis dos amores acababan de llegar. Y al parecer la excursión a Barcelona no había ido todo lo bien que debería, ya que Ingrid atravesó el salón furiosa y subió las escaleras hacia su habitación sin siquiera saludarme. Segundos después estalló un portazo en el piso de arriba.

Detrás de ella llegaba Aina, mi pareja desde que me había establecido en el país, con lágrimas en los ojos. Se sentó frente a mí en la mesa donde descansaba el sobre y, con los codos apoyados en la madera, me dirigió una mirada de recriminación:

—Alguien tiene que educar a esta salvaje —exclamó—. Sólo tiene catorce años y ya se cree con derecho a todo. Pretendía que la dejara quedarse esta noche en Barcelona, sólo porque ha conocido a un tipo en un café donde hemos merendado. ¡El viaje de vuelta ha sido un infierno! Daba tantos

puñetazos al salpicadero que casi nos matamos.

—Tú también tienes el carácter fuerte —dije tratando de disculpar un poco a Ingrid, lo que no hizo más que enfurecer a Aina.

—Leo, tómate en serio este aviso: o metes a esa niñata en cintura o me acabaré largando. Supongo que es lo que ella quiere.